

Dr. David A. DeSilva,

2 Pedro y Judas

Sesión 3

El autor finalmente aborda de frente las preguntas que los maestros rivales han estado planteando, no sin antes enmarcar su llegada de maneras que desalentarán la confianza en su mensaje, así como su buena voluntad. La llegada de estos escépticos no fue imprevista. Amados, ya les escribo esta segunda carta, en la que animo sus mentes sinceras a recordarles las palabras pronunciadas con anterioridad por los santos profetas y el mandamiento de los apóstoles que el Señor y Salvador les envió.

Primero, sabiendo esto, que en los últimos días vendrán burladores con su desprecio, siguiendo sus propios deseos y diciendo: "¿Dónde está esta promesa que viene?". Porque desde que murieron los padres, todo continúa igual desde el principio de la creación. Lo que Judas había recitado como una tradición transmitida por los apóstoles a sus congregaciones —en los últimos tiempos habrá burladores que seguirán sus propios deseos impíos—, nuestro autor lo pone directamente en labios, por así decirlo, de Pedro, quien, de hecho, pudo haber sido históricamente una fuente importante de esta advertencia en particular. Aquí, sin embargo, el objetivo particular de estos burladores es la esperanza apocalíptica de la iglesia primitiva de que Cristo vendría de nuevo en juicio y con poder para inaugurar el reino eterno de Dios en la esfera humana.

Una vez más, esto sugiere que los maestros cristianos escépticos se habían dejado convencer en cierta medida por los argumentos de los epicúreos contra el temor al castigo divino. Un argumento clave en su arsenal era la lentitud con la que los dioses parecían castigar a los malvados, si es que alguna vez lo hacían. Hablando como alguien que había sido convencido por Epicuro, Plutarco escribe: «La demora y la dilación de la deidad en castigar a los malvados me parece, con diferencia, el argumento más contundente contra la providencia divina».

Su lentitud destruye la creencia en la providencia. A estos escépticos, la experiencia también les parece haber demostrado que la esperanza cristiana estaba vacía, ya que la generación de los apóstoles de Cristo había pasado sin ninguna señal de su regreso, como él había prometido. El tema de recordar o llamar a la audiencia a recordar regresa aquí en 3:1-4. Podríamos recordar su aparición anterior en 1:12-15. Y esto es significativo.

Alerta a la audiencia una vez más que lo que escuchan en esta carta no es material nuevo, sino parte del mensaje apostólico que abrazaron al llegar a la fe. Se habían comprometido entonces, por así decirlo, con todo el misterio de la fe: Cristo crucificado, Cristo resucitado, Cristo que viene de nuevo. Los escépticos entre ellos son los innovadores, que desafían lo que los oyentes habían recibido como revelación divina, y deben, por lo tanto, recuperar la estabilidad en su fe al recordar este compromiso anterior, sin dejarse influenciar por aquellos maestros rivales que no lograron mantenerse firmes en la fe.

El autor continúa profundizando en su herencia bíblica compartida para reafirmar sus convicciones fundamentales. Pues quienes cuestionan el juicio y la segunda venida, pasan

por alto intencionalmente que los cielos y la tierra fueron establecidos hace mucho tiempo, a partir del agua y mediante el agua, por la palabra de Dios, por lo cual el mundo, tal como era entonces, fue destruido, siendo inundado por el agua. Y los cielos y la tierra actuales están siendo almacenados por la misma palabra, preservándose para el día del juicio y la destrucción de los impíos.

El autor recuerda la cosmología reflejada en Génesis 1, según la cual Dios, al crear el cielo, tuvo que crear espacio dividiendo las aguas de modo que hubiera aguas arriba y aguas abajo de la bóveda celeste. Luego, Dios juntó las aguas debajo del cielo en lugares delimitados para crear la tierra seca. Para el siglo I, esta visión del cosmos, en particular la idea de que había aguas sobre el cielo y que el cielo era una especie de bóveda material, había sido abandonada hacía tiempo.

Sin embargo, era estratégico para el autor recordar estos detalles, ya que aquello que surgió de las aguas por la palabra de Dios, que dependía de la palabra de Dios para su propia existencia, ciertamente podría ser inundado de nuevo por agua por la palabra de Dios, como se demostró que fue el caso, según la historia sagrada. El punto del autor, por supuesto, es que no hay fuerza más poderosa o confiable que la palabra de Dios, ya que la creación misma depende de esa misma palabra. Así, la palabra hablada por Dios a través de Dios profetas sobre la futura disolución del cosmos por fuego como en Isaías 66, 14 a 16, y Malaquías 4, versículo 1, y la preparación de nuevos cielos y nueva tierra como en Isaías 65, 17, también resultaría más confiable, más sólida que el cosmos mismo, algo que los escépticos pasan por alto voluntariamente, según nuestro autor.

Los acontecimientos de Génesis 6 a 9 proporcionan un precedente histórico que hace que esta expectativa sea plenamente creíble. Para el siglo I, la convicción de que Dios destruiría el mundo habitado por segunda vez y mediante fuego se había extendido entre el pueblo judío. Josefo, por ejemplo, relata la tradición de que Adán predijo, y cito, que el mundo sería destruido en un momento por la fuerza del fuego y en otro por la violencia y la abundancia del agua.

La idea de una conflagración cósmica también fue sostenida por la escuela filosófica estoica, aunque allí esta conflagración formaba parte de un ciclo infinito de creación y destrucción. Nuestro autor se adhiere a la visión más lineal promovida en círculos judíos. Tras la conflagración venidera, seguiría una eternidad ilimitada en una creación renovada.

El autor añade dos consideraciones adicionales en apoyo de la fe apostólica, que incluyen la firme expectativa de una intervención decisiva de Dios en los asuntos humanos en el futuro. De hecho, nuestro autor quizá no se sorprendió tanto al saber que el fin aún no habría llegado casi 2000 años después. Casi lo anticipó al escribir, pero no olviden, amados, que en la experiencia de Dios, un día es como mil años y mil años como un solo día.

El Señor no demora la promesa como algunos consideran, sino que muestra paciencia con vosotros, no queriendo que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Y el día del Señor vendrá como un ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran súbito, y los elementos se desintegrarán al ser quemados, y la tierra y todas sus obras quedarán expuestas. La primera consideración se deriva de la distancia entre la experiencia de Dios

del tiempo como un ser inmortal, eterno e intemporal y nuestra experiencia del tiempo como seres mortales, finitos y limitados por el tiempo.

El hecho de que pueda interpretarse como una escritura autorizada, concretamente el Salmo 90, versículo 4, le confiere aún más peso. Allí leemos: «Mil años a tus ojos son como el día de ayer que pasa». El autor judío del Libro de los Jubileos, una extensa paráfrasis de Génesis 1 a Éxodo 14, generalmente datada a principios del siglo II a. C., también recurrió a este mismo texto para abordar la percepción de una demora diferente en el castigo divino.

Es decir, para responder a la crítica de que Adán y Eva no murieron el día que comieron del fruto del árbol del conocimiento, como Dios había amenazado en Génesis 2:17. El autor de Jubileos encuentra la solución en relación con la muerte de Adán a la edad de 930 años y la experiencia de Dios con el tiempo. Así, en Jubileos leemos que Adán murió y le faltaban 70 años de los 1000.

Porque mil años son como un día en el testimonio del cielo, y por eso estaba escrito acerca del árbol del conocimiento: el día que comas de él, morirás. Por lo tanto, no completó los años de su día porque murió en él. La lentitud es relativa, pero también es saludable que así sea.

La supuesta demora del día del juicio significa que aún hay espacio para el arrepentimiento, para la reconciliación con Dios, para que la rectitud arraigue en la vida. Cada día que el fin no llega es señal no de la lentitud o falta de compromiso de Dios, sino de su misericordia y amor por los pecadores. Plutarco, ensayista griego con inclinación filosófica, activo a principios del siglo II d. C., ofrecería una consideración similar al intentar responder a las críticas epicúreas a la creencia tradicional de que los seres humanos son responsables ante lo divino.

Tras llamar la atención sobre las diferentes maneras en que los seres humanos y la deidad, para quienes la duración de la vida humana no es nada, experimentan el tiempo, Plutarco escribe que, cito, Dios reserva sus castigos para el futuro y espera el transcurso del tiempo por gentileza y magnanimidad. Lo hace para dar lugar al arrepentimiento, siendo la demora del castigo un período de gracia. El autor de la Sabiduría de Salomón, una obra judía helenística de finales de la era cristiana, también consideró que la expulsión lenta y gradual de los cananeos por parte de Dios, antes que la de los hebreos, era una señal de su paciencia misericordiosa.

Aunque no puedes destruirlos a todos a la vez con terribles fieras ni con tu palabra severa, al juzgarlos poco a poco, les diste la oportunidad de arrepentirse. Aunque eres soberano en fuerza, juzgas con dulzura y gran paciencia; nos gobiernas, pues tienes poder para actuar cuando lo desees. Esto es especialmente interesante, ya que el relato bíblico ofrece un motivo mucho más práctico.

Dios expulsó poco a poco a los habitantes originales para que la tierra no fuera invadida por animales salvajes, lo que causaría interrupciones en su productividad. Por supuesto, el apóstol Pablo también había enseñado que la no aparición del día del juicio era consecuencia de la bondad de Dios y una oportunidad para alinearse con la justicia de Dios hoy, una oportunidad que no debe subestimarse. Así, en Romanos leemos: ¿Desprecias la

abundancia de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento?

El hecho de que el día del Señor aún no haya llegado no es señal de que Dios no se preocupe por la injusticia y la maldad de los seres humanos. Más bien, es consecuencia del carácter de Dios, lento para la ira y rico en amor inquebrantable. Sin embargo, el autor afirma que ese día llegará.

Usa la imagen, familiar en los círculos cristianos primitivos de aquella época: llegar como un ladrón, inesperadamente, sin previo aviso, potencialmente tomando a la gente desprevenida para su propio beneficio. Se recuerda que Jesús mismo usó esta imagen en una parábola al final de Mateo 24. Pero entiendan esto: si el dueño de la casa hubiera sabido a qué hora de la noche venía el ladrón, habría vigilado y no habría permitido que entraran en su casa.

Así que también ustedes deben estar preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que menos esperan. Pablo introdujo esta imagen en sus exhortaciones a los cristianos de Tesalónica. Saben muy bien que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche.

Mientras la gente proclama paz y seguridad, la destrucción les sobrevendrá repentinamente, como los dolores de parto a una mujer embarazada, y no escaparán. Pero ustedes, hermanos y hermanas, no están en tinieblas para que este día los sorprenda como un ladrón. Lo escucharemos una vez más en la voz de Jesús como una advertencia insertada en la narración del derramamiento de las siete copas de la libación de la ira de Dios en Apocalipsis 16.

Mira, vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras para no andar desnudo y que su vergüenza quede expuesta. Nuestro autor usa un lenguaje vívido en el capítulo 3, versículo 10, para describir cómo, de repente, en ese día, este cosmos material, presente y aparentemente eterno, se reducirá a nada ante la visita de Dios.

La última cláusula presenta algunos desafíos textuales, en gran medida porque los escribas tuvieron dificultades para comprender el significado del autor y se vieron impulsados a aportar sus propios cambios aclaratorios. La mejor lectura parece ser: «y la tierra y las obras que en ella se hacen serán halladas o descubiertas», es decir, serán expuestas a la vista con plena revelación, por así decirlo, ante el tribunal de Dios. Los escribas no estaban seguros de cuál de las lecturas sería la mejor o más clara, por lo que encontramos manuscritos que no se encontrarán debido a la desaparición de la tierra, y otros manuscritos que prescinden por completo del verbo «encontrado» en favor del verbo «quemado», o que combinan ambos, serán encontrados destruidos.

El Códice Sinaítico y el Códice Vaticano, dos importantes textos completos tempranos del Nuevo Testamento, de hecho casi toda la Biblia desde el siglo IV d. C., coinciden en que la imagen verbal que el autor busca evocar aquí es la de todos los habitantes de la tierra y las obras que han realizado ante el escrutinio de Dios, en su presencia, sin la mediación ni el filtro del cielo y los cielos intermedios que solían servir como un velo, una especie de cortina, entre nosotros y el insoportable resplandor de la presencia de la gloria de Dios. En ese día, sin embargo, conoceremos con precisión y plenitud la gloria y el poder de aquel a

quien hemos honrado o de aquel a quien hemos despreciado. Para nuestro autor, la convicción y la conducta van de la mano.

No ha estado defendiendo un mero dogma teológico que solo exige asentimiento mental. Ha reafirmado una brújula esencial para afrontar con éxito los desafíos y oportunidades de esta vida. ¿Qué efectos tiene mirar hacia el horizonte de las futuras intervenciones de Dios en nuestro curso actual de vida? Con todas estas cosas siendo destruidas de esta manera, ¿qué clase de personas deben ser ustedes en santa conducta y piedad, esperando e incluso apresurando la venida del día del Señor, por el cual los cielos serán destruidos al ser quemados y los elementos disueltos al ser quemados, mientras esperamos cielos nuevos y una tierra nueva en los que mora la justicia, según su promesa? Así que, oh amados, mientras esperáis estas cosas, procurad con diligencia ser hallados sin mancha e irrepreensibles en él en paz, y considerad la paciencia de nuestro Señor como salvación, como también os escribió nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, hablando de estas cosas como en efecto ocurre en todas sus epístolas, en las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también con todas las demás Escrituras, para su propia perdición.

Así que ustedes, amados, ya que tienen conocimiento previo, cuídense para no caer de su propia estabilidad, dejándose llevar por el error de los inicuos, sino que sigan creciendo en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien es la gloria ahora y hasta el día eterno. A pesar de todo su enfoque en el futuro, en la escatología, por usar etiquetas teológicas estándar, el autor no muestra interés en especular sobre el momento de la venida de Cristo, las señales que podrían preceder al juicio de Dios, ni sobre la narrativa del fin de los tiempos que pueda desarrollarse en cualquier número de años finales. Su interés reside enteramente en el impacto que la mirada hacia ese horizonte tiene en el aquí y ahora.

Lo que se convertiría en una convicción de fe —él vendrá de nuevo en gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin— actúa como un lente focal que aporta claridad al momento presente. Lo que importa ahora es alinearse con la santidad que Dios siempre ha buscado en su pueblo. Lo que importa ahora es la piedad, una virtud muy apreciada entre personas de ascendencia griega, romana o judía.

Significa darle a Dios lo que le corresponde, la atención que Dios merece, el honor que Dios merece, la obediencia y el servicio que Dios merece. Dado el valor relativo de la creación presente, destinada a no perdurar, y su relación con la nueva creación, que durará para siempre, las inversiones más inteligentes que podemos hacer en el presente son aquellas que nos llevan a convertirnos en el tipo de personas que se sentirán a gusto en ese reino donde la rectitud se siente a gusto. Es inevitable recordar el mapa que el autor trazó en el párrafo inicial de su carta.

Al recordar cómo Cristo nos purificó de nuestros pecados pasados y al anticipar la intervención de Dios para traer este nuevo orden de cosas, o mejor dicho, para poner fin a este orden actual y dar paso al nuevo orden de Dios, es evidente en qué nos ocuparemos más provechosamente: la excelencia moral, el conocimiento, el autocontrol, la perseverancia, una vida centrada en Dios, el amor por los hermanos que Dios nos ha dado en Cristo y el amor por todo lo que refleja y encarna el amor de Dios por ellos. El autor

parece estar familiarizado con varias cartas de Pablo, además de la carta a los Romanos, que habla del deseo de Dios de que las personas se arrepientan como la razón de su paciencia y tolerancia.

Sin embargo, en muchas de sus cartas, Pablo insta a sus oyentes a esforzarse al máximo por ser hallados sin mancha e irrepreensibles en él, en paz. De hecho, con frecuencia establece la inocencia en el día de la visitación de Cristo como la meta principal por la que sus conversos deben seguir esforzándose. Así, por ejemplo, escribe a sus amigos de Filipos: «Esta es mi oración: que su amor rebose cada vez más de conocimiento y comprensión plena para ayudarles a determinar lo que es mejor, para que en el día de Cristo sean puros e irrepreensibles, habiendo producido la cosecha de justicia que viene por medio de Jesucristo para gloria y alabanza de Dios».

Y ora por sus conversos en Tesalónica, para que fortalezca sus corazones en santidad, para que sean irrepreensibles ante nuestro Dios y Padre en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. A la luz de este énfasis compartido por nuestro autor y Pablo, es tentador intentar inferir cómo el autor creía que otros habían distorsionado el significado de las cartas de Pablo de una manera perjudicial para su bienestar espiritual y el de los demás. Una posibilidad sería la distorsión del mensaje de Pablo, que el propio Pablo había combatido.

Como escribe en Romanos 3, o como se nos tergiversa y como algunos afirman que proclamamos, ¿debemos hacer el mal para que resulte en bien? De hecho, Pablo parece ansioso por demostrar, a lo largo de los capítulos 3 al 8 de Romanos, que su proclamación del favor de Dios hacia todos, independientemente de la posición de cada persona bajo la Torá, no da cabida al pecado ni siquiera a la indiferencia en cuanto a dedicarse a obras justas y buenas. Como escribe en Romanos 6, ¿debemos continuar en pecado para que la gracia abunde? ¡Claro que no! Si Santiago 2, versículos 14 al 26, es una respuesta a la proclamación de Pablo, es una respuesta a la tergiversación de ese evangelio por parte de un tercero o a las inferencias erróneas que este ha hecho.

Pues Pablo y Santiago habrían estado completamente de acuerdo en cuanto a la necesidad de que la fe se manifieste en acciones amorosas y justas para ser realmente fe. Y Pablo debe advertir a los creyentes de Asia Menor en Efesios 5: «Sepan esto con certeza: ninguna persona inmoral, impura o codiciosa, ni idólatra, tiene herencia en el reino de Dios y de Cristo. Que nadie los engañe con palabras vanas, porque por estas cosas, la ira de Dios viene sobre los descendientes de la desobediencia».

Los escépticos a los que se opone nuestro autor también son culpables, según él, de intentar dar cabida al pecado y la autocomplacencia en la vida de los cristianos con palabras vacías. Algunos eruditos han dado mucha importancia a la mención que hace nuestro autor de las cartas de Pablo junto con las demás escrituras, sugiriendo que esto indica que 2 Pedro fue escrita, de hecho, bien entrado el siglo II, después de que las cartas de Pablo fueran recopiladas y elevadas a la categoría de escritura sagrada junto con los libros de la Biblia hebrea. Si bien no se puede descartar esta posibilidad, dudaría en interpretar este pasaje de forma tan formal.

Con la nueva efusión del Espíritu y la certeza de la presencia de Dios en medio de las nuevas comunidades de fe que surgieron en torno a los Apóstoles, no creo que las congregaciones hubieran tardado mucho en compartir, recopilar y venerar las cartas pastorales que constituyeron el legado del Apóstol a los gentiles. También sería cauteloso al asumir que el término «escrituras» se reserva para textos que han pasado por algún tipo de proceso formal de verificación para su estatus canónico, en lugar de tener un sentido más amplio de identificación de documentos formativos fundacionales, como lo habrían sido las cartas del Apóstol, y más aún después de su muerte. El último versículo capta sucintamente la doble advertencia del autor a su público.

Por un lado, dado que han sido advertidos sobre la inminente intervención de Dios y lo que está en juego, deben cuidarse cuidadosamente. Se encuentran ahora con cierto tipo de escépticos. Se encontrarán con otros supuestos maestros que cuestionarán otros aspectos de la fe transmitida de una vez por todas al futuro.

Es imperativo que no se dejen llevar por estas olas de error e innovación, alejándolos de su posición estable en la fe y en la práctica del estilo de vida en el que la fe los ha iniciado. Recordemos el párrafo inicial del capítulo 1, versículos 3 al 11. En definitiva, el autor los llama a crecer en el favor y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Este favor y conocimiento probablemente no se consideren como la dirección en la que se produce el crecimiento, sino más bien como el medio, el instrumento o la manera en que se produce. Es el crecimiento, la plenitud de la transformación que el favor de Cristo hacia nosotros potencia y que nuestro conocimiento, tanto acerca de Cristo como de Cristo, guía y moldea. Al final, esa es la única búsqueda que habrá importado.

Hoy en día, es la búsqueda que más debemos tener presente y priorizar, ya que todo esto llegará a su fin. Gracias por acompañarme en este curso sobre 2 Pedro. Si bien hemos dejado abierta la cuestión de la autoría, dos escenarios surgen como las opciones más probables, dados los datos de la propia carta.

La primera es que Pedro, consciente de la proximidad de su muerte, autorizó a un colaborador de confianza a expresar por escrito su defensa de la creencia en la segunda venida del Señor y la intervención de Dios para responsabilizar a los seres humanos y renovar la creación divina, respondiendo así a las objeciones de los escépticos que buscan dismantelar estas convicciones y reinventar el mensaje cristiano, para así sostener el impulso de los creyentes en la trayectoria de transformación que el mensaje del evangelio pretende impulsarlos. El contenido se remonta, en última instancia, a Pedro, aunque la forma de expresión debe mucho a su colaborador anónimo. La segunda es que un líder cristiano, preocupado por defender el evangelio y la trayectoria que este sustenta contra estos mismos escépticos, resucita la voz de Pedro para oponer su autoridad contra ellos.

Incluso en este escenario, el contenido sigue siendo esencialmente apostólico. El énfasis en la transformación del carácter y la ética, impulsado particularmente por la expectativa del juicio divino, se alinea bien con el testimonio apostólico más amplio. La incorporación de material de Judas asegura la apostolicidad del segundo capítulo.

Las reminiscencias de la transfiguración y su significado, las advertencias contra los maestros innovadores y la proclamación de las intervenciones finales de Dios en la vida de

este mundo también tienen una clara raíz en la tradición apostólica y, muy posiblemente, en el propio Pedro. Sea cual sea el escenario que se considere más probable, una cosa resulta segura. Segunda de Pedro presenta una defensa contundente y elocuente del evangelio apostólico contra la objeción de los escépticos que deseaban eliminar algunos de sus elementos que les parecían menos racionales e ilustrados.

Los auténticos discípulos de los apóstoles y defensores de su proclamación han tenido que asumir esta tarea en cada generación de la historia de la iglesia. Y 2 Pedro ha modelado varios elementos y estrategias que se han incorporado a cada defensa responsable y exitosa del evangelio apostólico desde entonces. Escucha las objeciones planteadas por los escépticos de la fe y formula respuestas razonables y convincentes, arraigadas en la tradición bíblica y su revelación del carácter de Dios.

Expone las consecuencias éticas tanto de seguir el evangelio revisado como de perseverar en los lineamientos del evangelio apostólico, demostrando por qué el segundo camino es más noble y ventajoso. Y da una nueva expresión al evangelio apostólico de tal manera que responde a la preocupación subyacente que dio lugar a la versión innovadora del evangelio en un principio. En este caso, una formulación del evangelio que pudiera sostenerse como una filosofía razonable, productora de virtudes ampliamente reconocidas.

En resumen, en Segunda de Pedro, presenciamos el nacimiento de la apologética. Segunda de Pedro ofrece una visión convincente de la vida cristiana entre la redención y la salvación final. Fija firmemente en nuestra mente dos puntos cardinales.

La primera es nuestra redención por Jesucristo, el perdón de nuestros pecados, obtenido a un alto precio por el mismísimo Hijo de Dios. La segunda es la disolución de los cielos y la tierra actuales por la Palabra de Dios que los creó todo, y la comparecencia de todos nosotros y de todo lo que hemos hecho con las vidas que Dios nos dio ante su mirada escrutadora. Él nos invita a navegar nuestro curso por esta vida día a día, todos los días, con referencia a estos dos puntos fijos.

Recordando nuestra purificación de los pecados pasados, seguimos avanzando en la nueva vida que Jesús nos ha abierto por el camino del crecimiento en la virtud, tal como el autor nos presenta en el capítulo 1, versículos 3 al 11, dando el fruto por el cual Jesús sembró su sangre en la tierra de nuestras vidas. Con la mente puesta en el futuro en el que se manifestará la responsabilidad de toda la humanidad ante Dios y en el que Dios prepara una nueva creación donde la justicia tendrá un hogar, seguimos avanzando en la nueva vida que Jesús nos ha abierto por el camino del crecimiento en la virtud que recibirá la aprobación de Dios en ese futuro. Y 2 Pedro es una palabra particularmente importante para muchos cristianos que piensan que una profesión de fe es la clave del camino de liberación que Dios nos ha abierto.

Porque Pedro, como Pablo, como Santiago, como el mismo Jesús, nos recuerda que nuestra llegada a la fe es el equivalente a confiar en Aquel que promete guiarnos y darnos poder para una ruta de evacuación que nos llevará a la seguridad definitiva, a la salvación, si tenemos la fe de seguirlo hasta el final.